

Dianzi, nell' alba che precede al giorno,
Quando l' anima tua dentro dormía
Sopra li fiori, onde laggiù è adorno,
Venne una donna, e disse: I' son Lucia;
Lasciatemi pigliar costui che dorme;
Si l' agevolerò per la sua via.

Sordel rimase, e l'altre gentil forme:
Ella ti tolse; e come 'l di fu chiaro,
Sen venne suso, ed io per le sue orme.

Quì ti posò: e pria mi dimostrato
Gli occhi suoi belli quell' entrata aperta;
Poi ella e 'l sonno ad una se n' andaro.

A guisa d' uom che in dubbio si raccerta,
E che muti 'n conforto sua paura,
Poichè la verità gli è discoverta,

Mi cambia' io; e come senza cura
Videmi 'l Duca mio, su per lo balzo
Si mosse, ed io dietro 'nvèr l' altura.

Lettor, tu vedi ben com' io innalzo
La mia materia; e però con più arte
Non ti maravigliar s' io la rincalzo.

Noi ci appressammo; ed eravamo in parte,
Che là, dove pareami in prima un rotto,
Par come un fesso che muro diparte,

Vidi una porta, e tre gradi di sotto,
Per gire ad essa, di color diversi,
Ed un portier ch' ancor non faceva motto.

E come l' occhio più e più v' apersi,
Vidil seder sopra 'l grado soprano,
Tal nella faccia, ch' io non lo soffersi;

Ed una spada nuda aveva in mano,
Che rifletteva i raggi sì vèr noi,
Ch' io dirizzava spesso il viso invano.

Ditel costinci, che volete voi?
Cominciò egli a dire; ov' è la scorta?
Guardate che 'l venir su non vi nòi.

Donna del Ciel, di queste cose accorta,
Rispose 'l mio Maestro a lui, pur dianzi
Ne disse: Andate là; quivi è la porta.

Ed ella i passi vostri in bene avanzi,
Ricominciò 'l cortese portinajo:
Venite dunque a' nostri gradi innanzi.

Là ne venimmo; e lo scaglion primajo
Bianco marmo era, sì pulito e terso,
Ch' iò mi specchiava in esso qual io pajo.

Era 'l secondo, tinto più che perso,
D' una petrina ruvida ed arsiccia,
Crepata per lo lungo e per traverso.

Lo terzo, che di sopra s' ammassiccia,
Porfido mi pareva sì fiammeggiante,
Comme sangue che fuor di vena spiccia.

Sopra questo teneva ambo le piante
L' Angel di Dio, sedendo in su la soglia,
Che mi sembiava pietra di diamante.

Per li tre gradi su di buona voglia
Mi trasse 'l Duca mio, dicendo: Chiedi
Umilmente che 'l serrame scioglia.

Divoto mi gittai a' santi piedi:
Misericordia chiesi che m' aprisse;
Ma pria nel petto tre fiate mi diedi.

Sette P nella fronte mi descrisse
Col puntón della spada, e: Fa che lavi,
Quando se' dentro, queste piaghe, disse.

Cenere, o terra che secca si cavi,
D' un co'or fora con suo vestimento;

le cierra; mira la entrada, vela allí donde está interrumpido el muro.

Durante el alba que ha precedido al dia, mientras que tu alma dormi'aba allí abajo entre las flores que esmaltan aquel sitio, ha venido una mujer, y ha dicho: «Yo soy Lucia (1), permitid que me lleve á ese que duerme, yo le he socorrido en su camino.»

Sordello se quedó, así como tambien las otras hermosas sombras, se te llevó y al ser de dia se dirigió á la montaña, siguiendo yo sus huellas. Te dejó aquí, despues de haberme indicado con sus hermosos ojos esta entrada abierta; desapareciendo á la vez ella y tu sueño.»

Me quedé cual hombre que cree despues de haber dudado, y en el que al temor sucede la esperanza por haberle sido la verdad revelada; al verme mi guia sin cuidado alguno, se dirigió hácia el alto muro, y por mi parte procuré seguirle hácia la altura.

Ya ves, lector, como elevo el objeto de mis cantos; no te asombre, pues, el que procure sostenerle cada vez con mas arte. Nos acercamos, y vimos aquella parte en la que antes el muro me parecia abierto como por una hendedura que separa una pared; pero ví en ella una puerta con tres gradas de diferentes colores, y un portero que no proferia aun palabra alguna.

Y como iba abriendo mas y mas los ojos, ví que estaba sentado en la grada superior, y que era para mí su aspecto insoportable. Tenia en la mano una espada desnuda que reflejaba tan vivamente hácia nosotros sus rayos, que en vano varias veces intenté mirarla.

«Decid desde aquí lo que quereis, exclamó; ¿dónde está vuestro guia? Haced que vuestra llega'la no os sea funesta.

— Una mujer del cielo informada de todo, le contestó mi maestro, nos ha dicho hace poco: «Id, allí está la puerta.»

— Que ella asegure vuestros pasos, repuso el cortés portero; venid, pues, y subid nuestras gradas. (2)»

Y nos adelantamos; era la primera de un mármol blanco tan puro y limpio, que me ví en él tal cual parezco á los demás. Era la segunda grada de un color muy sombrío, y estaba hendida en toda su estension y latitud. La tercera y la mas alta me parecia de un pórfido tan encarnado como la sangre que brota de las venas.

Habia impresos en ella los piés del ángel de Dios, que estaba sentado en el umbral de la puerta, umbral, que me pareció estar formado de un solo diamante.

Mi guia me impulsó por las tres gradas á que me llevaba mi buena voluntad, diciéndome: «Pide humildemente que la puerta se abra.»

Me postré devotamente á los piés santos, y supliqué que por piedad se me abriese; pero antes me golpeé tres veces el pecho. Con la punta de su espada me trazó el ángel siete veces la letra P en la frente, y me dijo: «Procura, cuando hayas entrado, lavar esas manchas.» (3)

(1) Lucia, emblema de la gracia que ilumina.

(2) La primera Grada es símbolo de la sinceridad de la confesion; — la segunda, símbolo de la contrición; — la tercera, símbolo de la satisfaccion.

(3) Símbolos de los siete pecados capitales.